



**Alberto Gerchunoff**

## **La casa de la primavera por G. Martínez Sierra**

Este libro de Gregorio Martínez Sierra, sintetiza la evolución iniciada en España. Los literatos españoles desean otra vez ser españoles y vivir de sus propias fuentes. Después de la invasión extranjera, algo tardía, después del contagio inevitable de la inquietud modernista, los poetas tratan de recuperar su nativa originalidad. Pero, no exagerar con los presuntos discípulos de Verlaine, tampoco implica retornar a la grandielocuencia melodramática. Rubén Darío ha enseñado la sencillez y los cantores actuales se muestran tan excesivos en el amor a la simplicidad como antes desmesurados en la pompa retórica. No importa. El justo medio vendrá por sí mismo y esa tentativa determinará en la cálida península un nuevo sentido de poesía.

El libro de Martínez Sierra es un ejemplo de esa sencillez. La humildad no tiene en sus páginas un aspecto demasiado artificioso y esa paz que fluye de sus canciones es auténtica. Sin embargo, es visible el esfuerzo en no transigir con el antiguo sistema y se ve que el rumbo elegido por los poetas de ahora requiere todavía arduos empeños antes de llegar a familiarizarse con ellos. Lo esencial de la innovación no reside en la técnica. La evolución se opera en los espíritus y ello puede también comprobarse en el libro de Martínez Sierra. Regresados todos de los países de bruma hacia donde

————— 143 —————

peregrinaron en caravanas silenciosas, seducidos por músicos raros,

vuelven ahora al sol castellano y loan en versos jocundos sus beneficios.

Porque he nacido en tierra de Castilla,  
donde tú eres el único ornamento,  
llevo embriagado todo el pensamiento,  
por tu filtro de Luz...

Y de los que loan el sol, es Martínez Sierra uno de los más gallardos. Poeta por temperamento, la forma rimada cohíbe más bien su don natural, que en la prosa se expande orgullosamente y da lugar a veces a verdaderos hallazgos. Así, en un templo, se recitaría con preferencia para honrar al padre del día, ciertos fragmentos de su Aventura. Mas, en prosa o en verso, Martínez Sierra es poeta. Ciertamente no lo es según aquellos para quienes lo poético se desenvuelve en desmayos, invoca con gestos agrios el auxilio de la muerte y necesita para el teatro de sus suspiros la fronda clásica, decorada de luna. Poesía humilde es la suya. En su casa, la primavera ha plantado un jardín y por sus senderos aromados va diciendo un nombre, que incrusta en cada canto para realzar con su fuerza la emoción que tiñe cielo y prados en la misma color de gracia. Son Los romances del Hogar. El sol está siempre presente en ellos como un buen amigo. Por los vidrios penetra en las claras mañanas, se aprisiona en el gris mustio de las paredes y se desgrana en franjas policromas en el aire y en el alma.

Nuestra casa es alegre  
como un cascabel lleno  
de música, y serena  
como noche de enero.

En el blanco lino que envuelve la mesa se refleja como en un lago. En su blancura choca el iris de los cristales y ante esa magnificencia de luz, el corazón del poeta estalla en regocijo. Entonces las palabras salen de su boca como un rezo, como reza un pobre, con la misma unción profunda y simple, ante el pan moreno que le ha deparado la suerte en la vuelta insospechada del camino.

Después de las aventuras filosóficas, los poetas de la España actual retornan a su pasado y, lejos de las peregrinaciones a los falansterios,

tratan de vivir vida interna y prefieren loar las cosas muertas a las cosas por venir. Esta tendencia tiene todas las desventajas de una reacción, tan extremada ahora como anteriormente. Ella no perdurará, pero de ella se obtendrá uno que otro poeta de fuerza. Las ciudades románticas muestran a Martínez Sierra en viaje ideal por las calles de los lugares remotos: Brujas, Toledo, Ávila, Colonia, lugares sobre los cuales el cielo parece una telaraña extendida sobre un objeto agobiado de vejez. Mas la evocación de los sitios vetustos, el paseo por lo antiguo, no es enfermizo en él. La muerte no le impresiona sino de un modo superficial y tras los versos melancólicos a la dama «en el amor doctora y en el decir estrella» , vibra el alma llena de sol, de vida plena y activa. Es esta la característica del autor. Sin advertirlo pomposamente, a la manera de Salvador Rueda, Martínez Sierra canta, en prosa y en verso, a la existencia robusta, a las mujeres hermosas, a los cielos y a las flores y su canción resuena, aturde y embriaga. Mejor aún sus prosas que sus versos. Sus cuentos y sus novelas denuncian la presencia de un cerebro sólido y un alto corazón. Su estilo es pletórico, vibrante de color y de música y su obra toda es un espectáculo de primavera.

Nosotros [Publicaciones periódicas]. Tomo II, N° 8, Marzo de 1908, Buenos Aires

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**